

el éxodo a cuatro dimensiones

Exodo significa *salida*; ¿de dónde? ¿hacia dónde? ¿por qué camino?

Exodo es el título de un libro de la Biblia que narra la liberación de un pueblo, de un clan de esclavos bajo el dominio despótico de un Faraón de Egipto; sale librado por la acción poderosa de Dios y en el corazón del desierto se constituye en pueblo de Dios: *Reino de Sacerdotes y nación santa* (19,6).

Salir, partir, emprender una ruta de libertad, siguiendo la llamada de Dios, ir al encuentro de Dios, atravesar el mar, internarse en el desierto, constituirse en pueblo y pueblo de Dios; todas estas realidades fundacionales hacen del Exodo un libro central en el Antiguo Testamento y el gran diseño de la obra de Cristo, del plan de Dios sobre toda la humanidad.

LIBERACION

Los quince primeros capítulos del Exodo narran la *liberación*. La *estructura del lenguaje* que se emplea para describir la intervención divina hunde sus raíces en una experiencia profundamente humana: Una persona, injustamente oprimida *clama, grita*; Un

pariente del oprimido, padre, hermano, tutor, —un solidario— *escucha al clamor* y acude en su ayuda, interviene, *le libra*. Esta experiencia humana era además *sagrado deber* entre los orientales. Se le llamaba el *vengador* (del honor, de la justicia). Aplicada a otras circunstancias humanas, se le llamaba *Redentor*. El esquema “opresión-clamor-ayuda” es nítido.

Este esquema humano ha sido aplicado a Dios en el *lenguaje religioso*. El hombre angustiado, oprimido, por la enfermedad, por una persecución injusta, *clama* a Dios, *grita* al cielo, *recurre a Dios*. Ello supone una idea de Dios, poderoso y justo, defensor de la justicia, vengador del derecho de los hombres, y en cierto modo también y con distintas perspectivas en las diversas religiones, *pariente* del hombre. La *lamentación* es la respuesta divina que asegura la intervención divina. Generalmente *una acción de gracias* culmina el tríptico.

La fe de Israel nos ha narrado la liberación del Exodo como intervención divina ante el clamor del pueblo que se eleva de la dura opresión. Ex 1-2 describe la esclavitud del pueblo, que irá poco a poco agravándose: trabajos forzados, carencia de libertad civil y

religiosa, limitación de la natalidad, reacciones despóticas ante las justas aspiraciones del pueblo.

Ex 3-14 narra el episodio de la liberación.

El clamor de la injusticia *llega* hasta el cielo. Dios *baja* para librarlos. Dios *visita*, se hace presente, interviene. A un escogido, Moisés, —que ha sentido en sus entrañas la solidaridad de sus hermanos, pero que se refugia en el desierto tras un primer fracaso— Dios le revela su nombre, su propósito de actuar, y le *envía*. Estará con él, le sostendrá en el empeño, le dará compañeros, le pedirá renunciadas, le exigirá fe, le probará, le hará sentir su impotencia para que aparezca el carácter divino de la intervención, curando así de raíz al mediador la posibilidad de autoatribución de la gesta.

Una expresión, “mano frente” —pincelada antropomórfica— nos hace ver a Dios, a través de plagas cada vez más intensas, apretando el brazo opresor del Faraón para que suelte su presa. Jeremías en una situación personal muy semejante ve a Dios a su lado como un fuerte guerrero. La última plaga, la muerte de los primogénitos, doblega el corazón endurecido. Pero antes de llegar a la tierra de la libertad es preciso atravesar el Mar Rojo. Será el último asalto del opresor y la suprema intervención de Dios (cc. 13-14).

Un cántico de acción de gracias por la liberación al Dios Salvador, Redentor, Fuerte y Defensor de la justicia (cap. 15) exalta la hazaña de Yahveh en favor de su pueblo.

La liberación del pueblo en el libro del Exodo es una intervención de Dios en la historia. Es la Salvación de Yahveh. Acontecimiento salvífico en que el verdadero Dios se muestra en favor del injustamente oprimido, aquí, un pueblo entero. Salvación, Libertad que se consumará en la Comunión, en la Alianza.

ALIANZA

El autor del libro del Exodo sabe que el pueblo libre debe encaminarse a la *tierra prometida* a los padres, a la tierra del reposo y de la paz, en que sea posible una vida de culto a Dios y de felaciones fraternales. Pero antes de llegar a la tierra en que peregrinaron los patriarcas, es preciso caminar por el desierto, es preciso el encuentro, el compromiso con Dios, es necesaria la *Alianza*. Esa era en realidad la meta de la liberación.

Y Moisés encamina, por mandato de Dios, al pueblo al lugar de la *teofanía*, de donde había partido la orden de liberación, al Sinaí, al *encuentro* con Dios. Un *encuentro* con el Infinito, con el Unico, que ahora puede presentarse al pueblo como el Salvador, el Dios que les ha sacado de Egipto, de la casa de la esclavitud.

También para la expresión de la Alianza, la realidad de la comunicación divina parte de una *estructura del lenguaje humano*: el compromiso de protección y amistad que vincula mutuamente y que en el Antiguo Oriente se concluye en los pactos de vasallaje.

En el grandioso marco religioso del Sinaí, Dios ofrece al pueblo su alianza, su pacto de amistad. Israel será su propiedad peculiar entre todos los pueblos de la tierra, un reino de sacerdotes y una nación santa (Ex 19, 5-6), un signo de la presencia de su voluntad de salvación, un testigo del verdadero Dios, un servidor de Yahveh.

La cláusula fundamental de esa alianza (Ex 20), el decálogo, expresa la voluntad divina hecha palabra, la dignidad humana hecha carta de libertad. El Dios vivo y verdadero, sin ídolos, sin dioses degradantes; el hombre a imagen de Dios. Un Dios “celoso”, es decir personal, que siente, que reacciona, que ama, que puede llamarse “apasionado” para mostrar con pala-

bras humanas el fuego del amor. "Cecioso" será el primer paso hacia la revelación del Dios "Esposo" (Oseas y Ezequiel), del Dios-Amor (1 Jn. 4.18.16).

Y la Alianza no se dirige a cada uno de los israelitas en particular. La palabra de Dios se dirige a un pueblo: Israel; más aún, constituye al mismo pueblo. La Alianza tiene una dimensión corporativa. Un grupo humano que es llamado a ser pueblo de Dios. Por ello el decálogo necesita explicitarse en el Código de la Alianza (Ex 21-23), necesita llegar a la vida misma del pueblo como pueblo, a las relaciones mutuas, cuyo carácter fraternal —justicia y amor— se irá haciendo cada vez más nítido en la predicación profética, en la síntesis deuteronómica, en la comunidad santa de la Escuela Sacerdotal (Lv 19,18) hasta llegar al mandamiento nuevo de la Nueva Alianza (Jn. 13,34-35).

Israel, pueblo, asamblea, iglesia, fraternidad, comunidad portadora solidariamente de una promesa, de una misión, de una responsabilidad: reconocer en el culto y en la vida el dominio de amor —reinado de amor— del único Dios. Estar en comunión con el Dios santo, con la fuente de la santidad y por ello quemándose con el fuego de la exigencia de santidad. Santidad que halla su expresión en la *fidelidad* a la Alianza: en el verdadero culto y en la práctica de la justicia: relaciones fraternales.

Israel desdibujará su puesto en la historia cuando quiera ser como los demás pueblos, cuando olvide al Dios que le engendró, la Roca de su salvación (Dt 32,15.18), cuando imite los caminos de los pueblos que no han conocido a Dios (Lv 18,30), cuando haga distinción entre los hermanos (Dt 25,13-16), cuando olvide que el clamor del pobre injustamente oprimido, tiene puerta abierta hacia el cielo (Dt 24, 14-15), como la tuvo su clamor en la opresión de Egipto.

Gracia, comunión, filiación, fidelidad, trato y reconocimiento *personal* definen en la Alianza las relaciones del pueblo con su Dios; respeto de la imagen de Dios, justicia, misericordia, solidaridad, relaciones fraternales definen en la Alianza las relaciones entre los miembros del pueblo de Dios.

El Resto de Israel, el Servidor de Yahveh, fundará la nueva alianza en la fidelidad, a Dios hasta el sacrificio, en la proclamación del derecho y la justicia, en la ofrenda de su vida por los demás, en la restauración de un nuevo Israel.

CUMPLIMIENTO DE UNA PALABRA

La intervención divina en la Liberación y Alianza se integra en la fe de Israel como cumplimiento de una promesa, de una palabra, de un protoevangelio, de un plan salvador.

La creación es esa primera palabra "*y dijo Dios*". El hombre, a imagen y semejanza de Dios: libre, responsable, llamado a la amistad divina y a la fraternidad, al dominio del mundo y a la santificación del sábado, corona la obra creadora.

Esa palabra es protoevangelio tras la caída; tras la derrota es anuncio de victoria, vestido cariñoso de Dios en la desnudez humana.

Pregunta por el hermano en la ruptura de la fraternidad, juicio salvador para el resto del diluvio; el eco de la palabra se hace promesa en Abrahán, Isaac y Jacob. Por ello será el Dios de los padres, El Dios de nombres propios, el Dios de las peregrinaciones, el que aparece a Moisés.

Creación e historia tienen su origen en el mismo Dios, el único Dios, Señor de cielos y tierra y juez de toda la tierra (toda la humanidad, Gen. 18,25).

Juez en el sentido más alto de promotor de la justicia. Señor de la historia que conduce a la salvación haciéndose presente en ella con una revelación progresiva de su plan de misericordia, de amor, de compasión, de llamamientos a la libertad, a rutas nuevas (Abrahán), al futuro. Las sombras serán incorporadas como un tejido de fondo para realzar la gran definición de Dios: Clemente y misericordioso, tardo a la ira y rico en perdón (Ex 34,6).

La Liberación y la Alianza para la fe de Israel significan pues la fidelidad a una constante, el "acordarse" de una palabra dada, la manifestación de que Dios está con la humanidad, a la que da un Reino de Sacerdotes y una nación santa, un testimonio de su presencia.

PREFIGURACION

El Exodo es partida, salida, camino, ruta abierta que no se detiene en el Sinaí. Exodo (Liberación y Alianza) son un paradigma de la vocación humana hacia la libertad y la comunión. El pueblo de Dios es la prefiguración, el primer paso hacia una liberación más plena, una comunión más universal, una fraternidad más entrañable, una Iglesia de alianza eterna, una manifestación de Dios más humana, tan humana, que la llamamos Encarnación. El paso del mar rojo quedará como figura de otro paso; la gloria del Sinaí quedará eclipsada por la gloria

del Verbo Encarnado. El éxodo en la unidad progresiva de la Palabra se orientaba así hacia JESUCRISTO.

Los autores inspirados lo han visto con claridad: Todas las realidades del éxodo han sido referidas a Cristo: Nuevo Moisés, nuevo maná, nueva columna de luz, nuevo tabernáculo, nueva pascua, nueva alianza, nuevo mandamiento, nueva revelación de la gracia y la verdad encarnadas en Jesucristo.

Y porque la escatología comienza con Cristo, pero se completará en el futuro, el éxodo sirve a la vez para anticipar los elementos de expresión que evocan esa liberación definitiva: Gemitos de los elegidos, respuesta divina, cántico triunfal, nueva arca de la alianza en la Jerusalén celestial, alianza definitiva tras la victoria sobre el dragón; comunión eterna, "El Dios con ellos será su Dios"; Liberación y Alianza por la que clama la Iglesia en la celebración Eucarística, liberación-Comunión sacramental: "Ven Señor Jesús". Es la voz del Espíritu y de la novia. El que da garantía de ello, Jesucristo, responde: "Sí, vengo pronto" (Apc, 22,20).

Y la seguridad de esa venida del Señor debe llevar a la Iglesia al humilde servicio por la liberación de los hombres y al esfuerzo continuo por ser signo visible de esa Comunión a la que Dios nos ha llamado: "Y ésta es la promesa que nos ha hecho la vida eterna" y "esta vida está en su Hijo" (1 Jn. 2,25; 5,11).